

Convalecencia

César Arístides

I

Al atardecer la tristeza sepulta golondrinas
amargura jovial en resplandor y chimenea
gira su murmullo el sopor mece la fractura
preclaro austero y diligente

asumo los bordes de la vida
sus filos que florecen en las ilusiones
el anhelo estrujado por el beso

danza la fisura clama se extiende
más gris que tus ojos
con el corazón desbarrancado
pregunta por tu piel y sus frutos tempranos
remuerde en tu ausencia el ácido desdén

ahora la noche eleva su desdoro
dolorosa acerca sus postigos
al aura dócil del ansiolítico

me yergue un miedo tímido
solemne en el recuerdo amurallado
ámbar en la lengua que roza tu despedida
me pesa tanto tu dentadura
duele perfuma con diabólica belleza

soy raudo gemido en la tapia
fulgor que teme a las púas de tu vientre
mi cuerpo es la escarcha que tiembla
osario de preces que has olvidado

cada mañana camino con los pasos del susto
no estás en el rocío ni en la bruma
ya no apareces en la invocación turbadora
ahora duermo sedado en las aspas
tu sexo es panel psiquiátrico
y el amor una daga que muerde tu nombre

II

El alba es distinta por el nuevo abismo
y la pesadez puntual en la nuca
el amanecer tiene ahora el sabor de tus labios
gusto a muerto penitente y hondonada
a tus pliegues suspendidos en el mareo

el recorrido al hospital es vena fermentada
clavos en el pecho y antibiótico
muestra de sangre que amó tu hendidura
no deseo llegar a ningún lugar
a ningún juramento y estado de sitio
paradójicamente existo en la crisis
el postigo roto y la inútil mirada a los jardines

observado desde la convalecencia
el cielo límpido es sábana que entibia difuntos
quizá por eso mi respiración es dulce tromba

y mis manos hierros que jamás volverán a tu cabello
a tus pupilas de intoxicada hermosura
tras tu cadera lamida por desastres

también la vida es distinta por el padecimiento
sus horas solemnes de antidepresivo y lágrima
de recuerdos tasajeados en la erección frustrada
en ellos las arboledas y los paisajes
las habitaciones de hotel y los pasillos
son peregrinos al templo de la ofuscación

muy lejos quizás en la calle de enfrente
o tan cerca de libros rotos y angustias
caminas al borde de tu propia trampa
vuelves a fundir tu llanto con el odio
a ser aquel día de adiós y lenta muerte

y la vida nos convierte en el oprobio
el inexorable descenso al edén siquiátrico
la dicha vehemente resquebrajada
que un ángel de la guarda nos ofrece de receta
así discurre nuestro duelo o acechanza
somos libres con el cadáver en nuestros hombros
y la esperanza es sutil transparente
en el horror recién nacido de cada mañana

III

Mi vida comienza a ser ese mendrugo en el polvo
la rata que hace del sillón iglesia de venenos
atrapo en el silencio el rubor de la jeringa

el derrame cerebral de la ilusión
los yerros que halan acezantes en mis sienes

en la noche frágil de ladridos violetas
las visiones derraman su alcohol arrepentido
el canto de sirenas es sólo un pinchazo
el nombre de Dios que danza en el pavor
la plegaria desafiante sin yelmo ni piedad

sueñan árboles que vuelan con las tumbas
quietos los pájaros tensan sus ramas
la ilusión es sala de espera con sollozo desvaído
sibila de piedra que susurra una sonata
besa incierta la cal de mis párpados

ataviado de luz y parda melodía
avisto la zanja de los narcotizados
allá dirijo la obediencia caída
sublime ascensión al labio del taladro

acerca su mirada mi hermano muerto
sonríe desconsolado a mi dolor
mi añorada suicida besa mi frente
y mis padres con sus lágrimas de lumbre
se persignan al verme

la estampa religiosa es cadalso y consuelo
también tu lágrima que se clava en mi garganta
alud es rumor de antidepresivo
mediodía donde la nube inmaculada
era la promesa de júbilos violentos
y hoy corona el hastío bruñido de la enfermedad